

"Carta al padre"

de Franz Kafka

En realidad, no se trata de una obra literaria, el libro que hoy nos ocupa. Por lo menos, no fué escrita con destino a una publicación, ni pretendió el autor jamás darle una unidad ni un propósito meramente literario: más aún, Kafka expresó claramente su voluntad de que esta carta y otras y unos cuadernos íntimos fuesen destruidos después de su muerte. Pero su amigo y albacea, Max Brod, después de unos años de vacilación y meditar, ha decidido violar la confianza que depositara en él Franz, y lanzar los textos al circo de la pública curiosidad, aduciendo que era un pecado condenar al fuego la fuerza y la bella y ordenada tensión de las epístolas y de los cuadernos de su amigo.

Sin remisión, condeno el gesto de Max Brod. No hay razón que justifique el torcer la voluntad de un muerto, en absoluta independencia del valor literario de lo que pudo dejar escrito. Por otra parte, es siempre muy discutible la belleza objetiva de un «diario» o de una correspondencia íntima. Nadie ofrece muy buen aspecto en zapatillas. (Palabra que uso como un puro eufemismo.)

Por todo ello, leí la obra con una cierta aprensión. Y es probable que ésta influya en mi comentario. Ser objetivo es una difícil cualidad.

«Carta al padre» es eso; una carta que Franz Kafka, a los 36 años de su vida, cinco antes de su muerte, acaecida en 1924, escribió a su progenitor. Es una terrible carta de acusación, contra su padre. Terrible acusación, si bien con el sano intento de derivar a una posible comprensión entre padre e hijo. Intento que no

POSTALES DEL RADIOYENTE

DE LAS ROCOSAS AL PASEO DE GRACIA

Gran Oso. — Era un indio americano del Norte, centenario —conoció y trató a Lincoln, ya ven ustedes—, y los de la Casa Blanca lo conservaban como una reliquia. Ahora se ha muerto, según me informa una radio latina.

Debe de ser muy triste ser un maniquí viviente de museo etnológico. Porque eso y no otra cosa son los indios americanos que no se han incorporado plenamente a la vida moderna del país y siguen reclusos en Parques Nacionales, como bisontes cualesquiera, para curiosidad de turistas y guardarrópia de casas de películas. Sin auto-determinación posible, esos residuos regionales, con mentidas estructuraciones tribales, pero a merced del sheriff, nos van resultando más falsos que las hordas de pieles rojas que salían en los primitivos —y modernos— films del Oeste.

redime a Kafka de su desahogado grito acusatorio, de su dureza, de su no caridad. Carta que fuera absolutamente comprensible escrita a los 20 años. Todos los hijos nos erigimos un día en jueces de nuestros padres; todos hemos creído alguna vez que no nos educaron y aconsejaron con suficiente inteligencia, todos hemos sentido la pena de una dura o leve incomprensión. Pero andando el tiempo, llegó a sonar la hora de una auto-incomprensión; el minuto cruel que nos exigió un auto-perdón, más allá del perdón que los demás pudiesen otorgarnos; y, a su luz, difícil luz, se disolvió, en presente o en recuerdo, las reales o supuestas brumas respiradas en el ambiente familiar. Si a Kafka no le llegó ese instante, más que acusarle, debemos compadecerle. A los treinta y seis años, andaba aún buscando el tintineo de plata de las amplias campanadas de la caridad. Debí sufrir mucho; toda su obra torturada, y esta su carta, indican claramente el grito dilatado de su corto vivir.

No aprendamos de su carta, de sus ciertas razones. a pesar de todo, el camino estéril de todas las acusaciones. Toda vida, como toda flor, ha de luchar con elementos hostiles; naturalmente hostiles. Frío, viento, arideces y descuidos de un jardinero. Pero Dios manda la lluvia y el sol, y empuja al jardinero a cuidar del huerto en una magnífica tarde de domingo. Aprendamos pues, si acaso, a no encerrarnos en rencores, en desvelar dormidas caridades, seamos padres o hijos. Y no caer en olvidos, cuando de acusar se trate, de que nuestro primer gesto debe ser un «mea culpa».

¡El bueno de Grande Oso! Estas vidas tan dilatadas poseen su seducción, y en los Estados Unidos, país de tan acelerado correr por el cristal del tiempo, todavía más: que Gran Oso, con sus ojos negrillos, con su Cadillac, con su hacha de guerra y su pipa de paz, ha visto producirse en su siglo de vida terrena, desde las estampidas hasta la hora H, y poco le faltó para dar la salida al satélite artificial del bello von Braun, que, dicho sea de paso, se la está pasando cañón con los mimos del Pentágono...

Alcorques y W. A. M. — Yo no sabía lo que era un alcorque hasta que una de nuestras radios me informó de ello, con lo que estoy por retirar lo que achaqué de inoperancia a nuestras emisoras, y pasar a agradecerles sus constantes desvelos en pro de la formación lexicográfica de los oyentes.

Los alcorques resultan ser las piezas que forman, en el borde de las aceras ciudadanas, el pie de protección y receptáculo circular de regado de los árboles callejeros.

Resulta que con lo de que si se formaban o no jardincillos particulares en ellos se ha venido hablando mucho de los alcorques. Y, a eso iba: hay que ver la naturalidad con que los locutores de radio se enfrentan con palabras jamás vistas porque la misma ignorancia que confesé yo acerca del sentido de alcorque debían de tener ellos. Pero, nada nada a decir alcorque como si siempre hubieran usado el término, como si fuera cosa de pedir en un bar: «Traíganos unas cervezas y un alcorques de tapas». Sólo uno de ellos —era en una, realidad, pero hay que ser galante, aun con ciática— dijo, la primera vez que se enfrentó con la palabreja: «En los *alcornoques* de los plátanos de la Calle Diputación..»

Son fenómenos de frucción prosódica. Otro de dichos fenómenos se viene dando entre los locutores y periodistas en las presentaciones o comentarios a conciertos conmemorativos de Mozart. Casi nadie dice ante un micrófono «Mozart» a secas, sino «Wolfgang Amadeo Mozart» y por si ello pudiera parecer poco erudito latinizan —curiosa manera de germanizar, inventada por los propios germanos— el segundo nombre del salzburgués: «Amadeus»,... Y les sale por lo regular, un Amadeus levantino con una *d* sorda y alargarada en vez de la sorda plosiva de los alemanes. En fin, les sale un Amadeo que no suena, un Amadeo sevillano... pese al acento catalán.

ANCOZA